

UN SALUDO Y UN DESEO

Catálogo. Palacio de Pimentel. Valladolid. Abril. 1996

Francisco Zapico Díaz

Hay artistas cuya obra alcanza calidad y seguridad gracias al ejercicio continuado y a la producción poderosa; tal no es el caso de Amancio González. Poco más de un par de docenas de piezas permiten, en justicia, incorporarlo a la nómina de escultores prometedores; me atrevo a decir, aunque sea ya entrar en terreno resbaladizo, misterioso y tal vez inexplicable, que son signo irrefutable de que Amancio está en las proximidades de la iluminación y la genialidad.

Por ciertas peculiaridades de su intensa y densa plasticidad, en la que prima la utilización preferente de los recursos del contraste frente a los de la armonía; por lo que suscitan de entre todo el arco de las sensaciones, por las frecuentes alusiones neurasténicas y desesperadas, podrían emparentarse sus esculturas con esa heterogénea mitología estética que Herwarth Walden, allá por 1911, bautizó con el término Expresionismo. En efecto: la terrible amenaza de lo invisible y lo inefable que parece gobernar estas anónimas y distorsionadas criaturas; la clausura, la aspereza, el patetismo que desprenden, las unen al grito atormentado del célebre cuadro de Edward Munch.

Para estas figuras, abultadas y recias en ocasiones, estilizadas y de miembros bruscamente retorcidos en otros, podrían hallarse afinidades más remotas en el tiempo. Pienso ahora en ciertos reflejos que las acercan a las crucifixiones de Grünewald o a las de Cimabue, formas sinuosas sobre un madero, que Francis Bacon comparó una vez, en analogía sorprendente, "con un gusano que se arrastraba por la cruz".

Pero hay otra clase de precisiones que son específicas de la escultura, y que nos acercan más a los herméticos personajes creados por Amancio González. Con voz certera, de profesor y poeta, Antonio Gamoneda apuntaba (en una brevísima, pero esencial aproximación a nuestro artista, escrita a propósito de la exposición celebrada en 1993, en la Fundación Evaristo del Valle de Gijón) lo que tal vez constituye, hoy por hoy, el corazón de la obra de Amancio: uno mira sus piezas y advierte que la materia deja de ser la cosa en la que se encarna la forma, que hay en un vaivén de la madera a la carne.

Probablemente en ese tránsito continuo del leño al hombre, del hombre al leño, está el secreto que permite a tan desgarradores objetos interiorizar nuestra emoción y exteriorizar la suya; hay un puente tendido entre la congelada energía vegetal, de su vivo y austero soporte, y a las configuraciones antropomórficas que se le imponen. Estos seres, dotados de íntegra y tensa quietud o de obstinado e imparable deslizamiento de gasterópodo, habitan un estrecho ámbito que se abre entre lo puramente natural y lo intrínsecamente humano.

Amancio levanta allí el símbolo, en el que la vida y la muerte no están tanto representadas como reconstruidas; la dignidad y la inanidad, la fuerza y el temblor, lo decrepito y lo

creciente, están presentes en esa misteriosa, trágica y dual partida, en la que no se sabe muy bien quien es cárcel y quien es prisionero.

Esculpir con sinceridad la figura humana en plena era de la benjaminiana reproductibilidad técnica, en tiempos envueltos por una perenne neblina duchanesca, saturados de neoconceptual, sobreabundantes en neodadaista, preñados de estrategia neoprocesual y neo ambiental, es, cuanto menos, una tentativa valiente y decidida. Ojalá Amancio sobreviva creativamente hablando, a las vueltas del tiovivo vertiginoso del arte finisecular, con sus modas, sus falsas ilusiones, sus meras ilustraciones y su dudoso comercio, al que parece que no queda más remedio que montarse al menos por un tiempo.